

SERMON

SOBRE LA

QUINTA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Sitio.
"Sed tengo."

S. JUAN, CAP. XIX, V. 30.

Todas y cada una de las siete palabras que pronunció el Divino Crucificado en el monte Calvario, además del golpe de luz con que deslumbran nuestros ojos á primera vista, encierran en sí otro sentido profundo y abundantísimo. Esta sola diccion: "Sed tengo," la expresó el Salvador, segun la letra, para que se cumpliese aquella profecía de David: "Me han dado por comida hiel, y en mi sed me han dado de beber vinagre." La sed es un efecto penoso que causan el trabajo y el dolor: así que despues de concluida la cena y el admirable discurso que la siguió, se dirigió el Señor al jardin de los Olivos, allí se puso en oracion, entró en agonía mortal y sudó sangre por todos los poros de su Cuerpo: en el resto de la noche fué pues-

to en prision, llevado á las casas de Anás y de Caifás, escarneado sobremanera y encarcelado: al dia siguiente fué presentado á Pilatos, remitido á Heródes y vuelto á la casa de Pilatos; aquí lo azotaron cruelmente ligado á una columna, y lo coronaron de espinas: estando ya desangrado llevó la Cruz á cuestas, cayendo y levantando en las calles de Jerusalem: todo era golpes, sudores, fatigas, burlas, salivas y blasfemias. Lo mas notable es, que en todo este tiempo no habia probado un bocado de alimento sólido ni bebido una sola gota de agua: hasta un poco antes de la crucifixion le dieron á beber vino mezclado con mirra, con hiel; y aunque lo probó, rehusó beberlo: Esta mezcla puede llamarse con propiedad comida, en atencion á la primera parte del referido oráculo, como que era destinada para fortificar los sentidos: Despues de esto lo crucificaron, y habiendo derramado mucha sangre de todas sus heridas, sintió una sed ardiente que lo consumia; uno de los que estaban presentes para dar cumplimiento á la segunda parte de la misma profecía, le presentó en una caña, por providencia particular de Dios, una esponja empapada en vinagre que le aplicó á la boca: *Sitio*.

Pero no era precisamente esta sed natural la que le devoraba, sino otra sed espiritual é insaciable, tenia sed de lágrimas, de dolor, de compuncion; lo llevaba á la muerte la sed de sobriedad, de santidad, de justicia. Cuando el rio impetuoso que sale de madre y riega sus riberas, hubiera querido que se inundasen los corazones de todos los hombres con las aguas de su gracia para que nadie pereciese: á todos los pecadores los invitaba en la Cruz, moribundo y sediento de

amor, con los medios eficacísimos para calmarles su sed y obrar su salud: *Sitio*.

“Era, pues, esta sed el ardiente deseo que tenia Jesucristo, como dicen los Santos Padres, de nuestra salvacion, de la propagacion de la fé y del aprovechamiento del fruto de su pasion.” “Aquí dió á conocer, dice San Bernardo, la inmensidad de su caridad, porque declaró que queria padecer mucho mas por el hombre.” Sí, nuevos martirios, mil y mil muertes no hubieran satisfecho su anhelo infinito ni mitigado su enérgica, mística y abrasadora sed de sed. Por eso me propongo por blanco de todo mi discurso la sed de Jesucristo, como el efecto de su encendida caridad para padecer por los hombres y saciarlos con los frutos sobreabundantes de su pasion. El Espíritu Divino, el Espíritu del Padre y del Hijo, el Espíritu de amor ilumine nuestros entendimientos é inflame nuestros corazones, para probar así de la sed vivificante del que se entregó á la muerte por nosotros: dignese poner, como en Jeremías, sus palabras en mi boca; de este modo podré hablarlos y aficionarlos á la Cruz, como se lo pido por intercesion de su Santa Esposa la gloriosísima Virgen nuestra abogada. AVE MARIA.

Sed tengo.
S. JUAN, Cap. y vers. citados.

Una vez que el Buen Pastor Jesucristo dió á entender su sed misteriosa y espiritual, corria, sudaba y suspiraba por la conversion de una pecadora, y con ella por la de todo un pueblo: despues de haber caminado en toda la mañana y en una estacion calidísi-

ma, se sentó cerca del medio día cansado y fatigado sobre el brocal del pozo de Jacob: en efecto, y al punto que una mujer samaritana venia á sacar agua, la dijo: "Dame de beber:" ¡Oh prodigio del amor! quería beber de la grande mudanza de esta esclava del demonio; convidaba á esta oveja perdida á librarse de la sed de los placeres y de los encantos de este mundo: le daba á gustar juntamente de una agua viva, que se hiciese en ella fuente perenne, que brotase hasta la vida eterna. ¡Dichosa mujer! dócil á las lecciones del Divino Maestro, sentisteis derramarse en tu corazon su gracia, y volasteis á exhalar su fuego sagrado por toda la ciudad: *Da mihi bibere*. Mas este pasaje del Evangelio tiene mucha semejanza con la quinta palabra que pronunció Jesucristo en la Cruz: bien es que los dos insignes testimonios en ciertas cosas se conforman y en otras se distinguen: convienen en que en ambas partes la sed era de una misma naturaleza y nacia de un mismo principio: se diferencian en que Jesus descansaba en el antepecho de aquella fuente cerca de la ciudad de Sicar, que contenia aguas naturales y era solamente sombra de los dones de Dios; pero la Cruz, como si fuese un pretil ó valla de madera, sostenia á Jesucristo ya moribundo, y rodeaba innumerables manantiales de su Sangre preciosísima que vertía hasta la tierra: allí prodigaba sus favores, no solamente al judío sino tambien al samaritano; aquí rescataba para con Dios su Padre, no solamente al judío y al samaritano sino tambien al gentil: *Sitio: Da mihi bibere*. Fácil es ya deducir, que Jesucristo tenia en la Cruz sed por la reconciliacion de todos los hombres. Punto primero: Jesucristo tenia en la Cruz

sed por la perfeccion ó fidelidad de los hombres á la divina gracia. Punto segundo: prestadme, os ruego, vuestra benigna atencion.

PRIMERA PARTE

"Cuando éramos enemigos de Dios, decia el Apóstol San Pablo á los romanos, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo." Pero la pasion de Cristo, como se explica el Angélico Doctor Santo Tomás, de dos modos obra nuestra justificacion ó renovacion espiritual: ora porque remueve ó perdona el pecado por el que aborrece Dios á los inicuos: ora porque Jesucristo ofreció un sacrificio aceptísimo, con cuyo voluntario obsequio se aplacó Dios sobre toda ofensa del género humano. Detengámonos algun tanto en observar estos firmes é impenetrables fundamentos, cuanto sea permitido á nuestro entendimiento limitado, socorrido con la luz de la Santa Escritura.

"Jesucristo, como escribe San Juan, es testigo fiel de la verdad, el primogénito entre los muertos, y el Soberano de los reyes de la tierra, que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su Sangre." ¡Qué otra causa hizo descender de los cielos al Verbo de Dios y revestirse de nuestra carne en el seno de una Virgen, sino su amor! ¡Qué motivo tuvo para nacer en un establo de la pequeña ciudad de Belen, conversar con los hombres y espirar por su remedio en una Cruz, sino su inconcebible afecto! "Yo he venido á traer fuego á la tierra, afirma él mismo, ¡y qué es lo

que quiero sino que se abrase!" ¡Ah! con su muerte que es el volcan de sus incendios, y el mas digno de los holocaustos, provocaba á todos los corrompidos hijos de Adán á comunicar de los ardores de su caridad: por manera, que siendo un principio de la verdadera justificacion la fe, produce sus maravillosos efectos en virtud del calor de la gracia del Espíritu Santo, que se nos ha dado, y de la pasion de Cristo, como lo expone por extenso el Apóstol San Pablo: una leve chispa de ella basta para cubrir la multitud de los delitos: la paz con Dios, la esperanza de la gloria y el consuelo en los sufrimientos, son los felices recursos que manan de este incorruptible tesoro y conservan la vida cristiana.

No menos libra al hombre del pecado, así porque es la grande obra de la redencion, como por su virtud y eficacia, la pasion que Cristo Señor nuestro, sufrió por caridad y obediencia. Su Cuerpo y Sangre purísima con que satisfizo por sus miembros, como cabeza de todo el cuerpo místico de la Iglesia, fueron el precio del rescate: claramente y en términos expresos lo habia anunciado así el mismo Señor en la noche antes de su muerte, cuando dijo al instituir el adorable Sacramento del Altar: "Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros, y por muchos: Este es el Cáliz de mi Sangre, que se derramará por la remision de los pecados." Y aunque la Santa Humanidad de Jesucristo sea corporal, y sensible segun la carne, es instrumento ó medio principal de la Divinidad, como carne de Dios, por quien ejecutan sus pasiones y actos, al efecto de borrar la culpa.

Ahora, "Jesucristo, como dice San Pablo, se entre-

gó á sí mismo por nosotros á Dios como una oblation, y una víctima de olor suavísimo." Esto mismo se hace mas perceptible, porque siendo el único y verdadero Mediador entre Dios y los hombres, le ofreció al Padre en su pasion un sacrificio muy agradable, como nacido de su libre voluntad y de su grandísima caridad: tambien de parte del hombre no podia hallarse mejor sacrificio, que el que substitúa á todos los antiguos sacrificios de los Santos; y de quien no fueron ellos mas que multiplicadas y diferentes figuras. Si escuchamos á San Agustin, lo oirémos decir: "¡Qué cosa tan convenientemente se eligiera por los hombres para ofrecerse por ellos, que la carne humana! ¡y qué cosa mas á propósito para esta inmolacion que la carne mortal! ¡y qué cosa tan limpia para purificar á los mortales de los vicios, que la carne nacida en el útero, y del útero virginal sin el contagio de la concupiscencia carnal! ¡y qué cosa tan gratamente pudiera ofrecerse y recibirse, que la carne de nuestro sacrificio, el Cuerpo perfeccionado de nuestro Sacerdote!" A todo esto puede añadirse, segun la mente del mismo Santo Doctor, "que el que ofrecia el sacrificio de paz era una misma cosa con Dios, á quien se lo ofrecia; que hacia en sí una cosa aquellos por quienes lo ofrecia; y que era uno mismo el que ofrecia, y lo que ofrecia." ¡Oh dignísimo holocausto! ¡Oh prodigio de prodigios del brazo omnipotente del Altísimo! ¡Oh eficaz remedio de nuestras enfermedades! ¡Oh vehiculo poderoso de la vida!

He indicado que el sacrificio perfectísimo de Jesucristo obra como el bálsamo de nuestras dolencias,

ó como el sostén de nuestra restauracion, y lo compruebo por los dos motivos de ser satisfactorio y meritorio. El Salvador dió á la justicia de Dios con su muerte sangrienta é ignominiosa, no solamente una satisfaccion suficiente, sino sobreabundante, por los pecados de todo el género humano. ¡Quién podrá medir la magnitud de su amor en que se consumia con todas sus fuerzas sobre el madero de la Cruz! ¡Quién podrá concebir la dignidad de su vida, vida de Dios, y del hombre, que entregaba por nuestra salud! ¡Quién podrá saber con exactitud la extension de sus sufrimientos y la acerbidad de sus dolores! ¡Ah! avivad, señores, vuestra fe, y aplicad un poco mas vuestra atencion!

Experimentó Jesucristo en la Cruz, como dice Santo Tomás, cuya ilustre distribucion de partes voy á trasladar aquí, todo género de pasion: "Padecia por parte de los gentiles, de los judíos, de los varones y de las mujeres; padecia por parte de los Príncipes, de sus Ministros y del pueblo; padecia por parte de sus confidentes y conocidos; Júdas lo entrega, Pedro lo niega. No menos soportaba cuanto el hombre puede tolerar: padecia por sus amigos que lo abandonaron; en la fama por las blasfemias, en su honor y gloria por las contumelias; en sus bienes por el despojo de sus vestidos; en su alma por la tristeza, tedio y temor; en su Cuerpo, por las heridas y los azotes. Tambien sentia crueles dolores en los miembros de todo su Cuerpo: padecia en la cabeza la corona de punzantes espinas, en las manos y en los piés la fixion de los clavos, en su rostro las bofetadas y asquerosos esputos, y en todo su cuerpo las disciplinas.

Padecia ademas, segun todos sus sentidos corporales: segun el tacto, por la flagelacion y crucifixion; segun el gusto, por la hiel y vinagre; segun el olfato, por el hedor de los cadáveres enterrados en el Calvario; segun el oido, por las voces de los blasfemos y burladores; y segun la vista, porque veía á su Madre Santísima y al discípulo que amaba, llorando." ¡Y no podré asegurar juntamente, que su dolor era el mayor de los dolores! ¡Ah! su Cuerpo tan bien complexionado como hecho por obra del Espíritu Santo, pendia de las llagas de sus manos y de sus piés, lugares los mas nerviosos y sensibles de su admirable estructura orgánica: al propio tiempo y para que se agravase en extremo su desolacion, aprendia su alma eficazmente todas las causas de la tristeza y amargura. Por eso parece que buscaba algun consuelo entre los extraños, y clamaba en el oráculo de Jeremías, con acento fúnebre: "¡Oh vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved, si hay dolor como mi dolor!"

Para dar fin á las razones en que se apoya mi primera reflexion, no me resta mas que hablarlos dos palabras sobre el mérito de la augusta y santa ofrenda del Calvario, que elevó hasta el trono de Dios nuestro Sumo Sacerdote. ¡Oh! Jesucristo, haciéndole presente al Padre, aun antes de morir, la union de sus discípulos, y la sociedad que habian de tener con él en virtud de su bondad, le decia: "Yo les he dado la gloria que tú me diste." No puede menos que siendo la cabeza de sus fieles, y formando con ellos como un cuerpo ó una persona mística, no solamente mereciese para sí en todas sus acciones, afectos y senti-

mientos, sino que tambien redundase de él á todos sus miembros la salud. Ved aquí la sed sobrenatural que tenia el Hombre Dios en la Cruz, para que bebiésemos todo su amor: profundicemos ya lo que se le debe por gratitud.

SEGUNDA PARTE

“La ley, como dice San Juan, nos fué dada por Moisés; pero la gracia y la verdad fueron traídas por Jesucristo.” Sí, luego que apareció el Divino Sol de justicia comenzó la fe á disipar las negras sombras del paganismo: por mas que se interpogan de tiempo en tiempo entre ella y el orbe católico, á quien baña cual hermoso astro con sus rayos refulgentes, gruesas nubes de vapores malignos, triunfa constantemente de la mentira y del error: esta misma santa verdad ha llegado hasta nosotros brillante y con todo su esplendor, para pasar en toda su integridad á las generaciones futuras. Así tambien solamente “la gracia de Dios se nos da por Jesucristo nuestro Señor,” como escribe San Pablo á los Romanos, “y segun las riquezas de su gracia, como asegura á los Efesios, conseguimos la remision de los pecados:” él nos rocía con su Sangre y aumenta en nosotros su gracia y su paz que deseaba ardientemente para los fieles el Príncipe de los Apóstoles. Muchas son las reglas establecidas para comenzar, supuesto el auxilio de Dios, la vida cristiana, y para perfeccionarla. Sin embargo, yo me ceñiré únicamente á los puntos principales sobre los

que nos exhorta y nos obliga el mismo Jesucristo, cuando dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y cargue su cruz, y sígame.” Voy, pues, á desentrañar una por una todas las partes de estas divinas palabras, para mostraros cuanto es posible á la cortedad de mis luces las instrucciones convenientes.

Cierto es que la gracia produce sus admirables efectos, pero juntamente con el libre albedrío ó con el consentimiento del que la recibe: “El que te ha criado sin tí, no te ha justificado sin tí,” asegura San Agustin. Por otra parte, aunque el hombre sea capaz por su naturaleza de la gracia, como hecho á imágen de su Criador; ello es que aun la voluntad de obrar su propia salvacion le viene del cielo: San Pablo testifica, “que esta no es obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios que usa de misericordia:” no porque haga fuerza á alguno; antes al contrario, le deja siempre su libertad, y frecuentemente sucede que abusa el hombre de ella para su daño; tampoco quiere decir que el pecador que se convierte no merezca en órden á su salud espiritual; no, si en el punto de la remision de sus culpas debe su misma aceptacion al dón de gracia, en adelante por cualquier acto virtuoso que haga, animado con el auxilio del Espíritu Santo, se hace digno aun como agente del aumento de caridad y de su perfeccion. Entonces, para valermé de la doctrina del mismo Apóstol, “la recompensa que se le da por sus obras, no se le cuenta como gracia sino como deuda.” Esta es la voluntad libre, fervorosa para conducirse á su fin, y continua para no abandonarla jamas que nos recomienda Jesucristo: *Si quis vult post me venire.*

Fijemos en seguida nuestra consideracion en otro objeto del mayor interes, que exige el mas puntual cumplimiento. Comparando San Gregorio los dos preceptos de Jesucristo, de renunciar todas las cosas para ser su discípulo, y de negarse á sí mismo, continúa así: "Acaso no es trabajoso al hombre el dejar todas sus cosas; pero le es muy difícil el dejarse á sí mismo: Pues que es menos rehusar lo que tiene; es mucho, mucho obnegar lo que es." Por lo cual la abnegacion de sus propios deseos y apetitos, aunque es ardua, puede y debe el cristiano conseguirla por medio de la oracion, de la obediencia y de la caridad. Mas se hace necesario cerrar la entrada á los pecados pasados, caminar á la mayor perfeccion y apartarse de sus mismos afectos: el amor desordenado de nosotros mismos es el origen de todos los pecados; la indiferencia con respecto á los bienes y males temporales, la conformidad con la voluntad de Dios y un olvido casi absoluto de sí mismo es el remedio: tanto importa guardar el alma libre de todo pecado mortal, como no dar lugar al pecado venial conocido y deliberado. No menos conviene al acrecentamiento de la virtud para gozar de una perfecta paz y libertad interior, evitar todas las imperfecciones, aun las mas leves, y vencer todos los ataques del amor propio. Nuestro Salvador, puesto en la Cruz, de tal suerte tenia sumisa su voluntad humana á la voluntad divina, que hubiera padecido aun mas si hubiera sido de su agrado: imitémosle y hagámonos dueño totalmente de nuestro corazon; muertos á nosotros mismos, no conservemos afecto alguno al pecado que vino á destruir. En fin, "este dejamiento, como dice San Francisco de Sales, es la virtud de

las virtudes, el bálsamo de la caridad, el olor de la humildad, el merecimiento de la penitencia y el fruto de la perseverancia." Si todavía estamos sujetos al pecado, si no somos virtuosos ni andamos en los caminos de la perfeccion, no hemos observado el precepto de Jesucristo: *Abneget semetipsum*.

No puede dudarse que tambien es de rigoroso é indispensable precepto para todos los fieles el cargar con su Cruz: El mismo que nos impuso la ley nos enseñó á cumplirla: Jesus, el amoroso Jesus, como si fuera el deudor de todo el linaje humano, llevó sobre sus delicados hombros, en el camino amargo del Calvario, el instrumento de su último suplicio: la Cruz, digo, que oprimia su sacrosanto Cuerpo, despedazado con los azotes y fatigado con su doble peso; peso material por parte del madero y peso inmenso por parte de nuestros pecados; que tomó sobre sí para lavarlos con su Sangre; y en la Cruz consumó su sacrificio para darnos ejemplo de virtud, como dice el Angélico Maestro: La Virgen María, no como el Cireneo con sus fuerzas físicas, sino con el alma ayudó á su Hijo Santísimo, el nuevo Isaac, á portar el haz de leña hácia el Calvario, y permaneció entre penas é indecibles dolores, firme y constante á su lado, hasta recibir en sus manos al Cordero sacrificado. Con razon ha merecido que la Iglesia la elogie con el glorioso renombre de Reina de los Mártires. De los discípulos de Jesus no olvidaré á un San Estéban, su primer imitador generoso, á quien siéndole dulces las mismas piedras, copió en sí su sagrada imagen con los rasgos de la paciencia, humildad, obediencia y amor. No pa-

saré en silencio á un San Andrés Apóstol, que entrando en parte de su pasión, con tiernos y fervorosos deseos por su patíbulo, se congratulaba diciéndole: "¡Oh buena Cruz tan amada de mi Salvador, cuando me recibiréis en vuestros brazos para que imite á mi Maestro!" Hablaudo en general, todos los mártires se resistieron maravillosamente de la fortaleza de Dios para aguantar hasta el fin de su vida la cruz de los tormentos. Mas esta cruz, que es la mejor y propia solamente del tiempo de las persecuciones, no siempre se obtiene, porque es la margarita de extraordinario precio. Por lo que respecta á nosotros, admirados de la invencible constancia de los valerosos Atletas, deberemos estar dispuestos á morir por la fé y á afirmarnos en esta santa resolución.

Las demas cruces son de oro, de plata, de bronce, de hierro, de piedra, ó tambien de madera, ordinarias y de todos los tiempos: todas ellas se pueden reducir á la necesidad y al deber: algunas pertenecen al cuerpo, como los trabajos y las enfermedades; otras á los bienes temporales, como las desgracias y pérdidas: otras miran principalmente á el alma, como el odio y las persecuciones por causa de nuestros enemigos, nuestro genio y nuestros defectos por parte de nosotros mismos. Sacariamos copiosos bienes espirituales de estos mismos males de pena, si los sufriésemos segun el espíritu de los justos y no segun el espíritu de los pecadores. Hay tambien cruces voluntarias y meritórias, como las mortificaciones y penitencias, el exacto cumplimiento de las obligaciones de nuestro estado y todos los ejercicios de virtud: éstas, al paso

que infunden gran consuelo, conducen al hombre á una muerte feliz: *Et tollat crucem suam.*

Pero ¡de qué nos serviría renunciar á nosotros mismos y hacernos violencia si no caminamos detras del Nazareno Santísimo! ¡De qué nos aprovecharia cargar una cruz muy pesada, si no seguimos sus huellas y si no nos edificamos con sus ejemplares acciones y toda su conducta! "La vida eterna es," dice San Juan refiriendo las mismas palabras del Hijo de Dios á su Eterno Padre: "Que te conozcan á tí, único y verdadero Dios, y á Jesucristo que enviaste." No basta el conocimiento especulativo, ni una fé muerta de todos los artículos y misterios de nuestra creencia, sino un conocimiento práctico y una fé viva, ó formada por la caridad acerca de Cristo nuestro Divino Mediador: este cúmulo y modelo de virtudes perfectísimas nos hemos de proponer para santificarnos: todo el tiempo de treinta y tres años que habitó sobre la tierra, es como un campo frondoso cubierto de plantas, flores y frutos inestimables de vida. Me explicaré y extenderé un poco mas sobre materia tan importante.

La virtud de la fé, aunque no tuvo lugar en el alma de Jesucristo, porque no la permitia la union hipostática, sí nos la mereció é infundió: mientras vivió en carne mortal no careció de una esperanza cierta, en cuanto á la glorificacion de su Cuerpo y de las fuerzas inferiores de su alma, y ella es el dechado de la nuestra: su caridad es como un horno encendido que quema los corazones de los fieles con sus llamas ó sagrados carismas: en su doctrina, en sus preceptos y consejos debemos aprender la verdad, la sabiduria y la pruden-

cia; en la distribucion que hace de sus obras y en sus recompensas, la misericordia y la justicia; en los peligros la fortaleza; en su comida y en su bebida la templanza; en su exterior debemos estudiar la modestia; en sus vestidos la pobreza; en el sueño y la vigilia, la inocencia y la pureza: hemos de atender á su oracion para imitar su piedad: hemos de fijarnos en su trato y conversacion para comunicar de su humildad; en el perdon de las injurias, para probar de su mansedumbre: en sus sufrimientos, para participar de su paciencia, y en su muerte para conformarnos con su obediencia. Pero ¿quién soy yo, que pueda enumerar y elogiar los atributos y las bellísimas cualidades de Jesucristo! ¡Ah! me contentaré, pues, con haberos señalado algunos puntos de su rara y universal hermosura, para animaros á ir en su seguimiento: *Et sequatur me.*

Ya convendrá resumir: “Yo he venido, decia Jesucristo, para que las ovejas tengan vida, y la tengan con abundancia.” ¡Oh! el pecador que ha logrado la remision de sus pecados, obtiene el principio de la salud espiritual; porque se ha verificado en él la reconciliacion. Bien podia el Señor salvar á todos los hombres con sola su voluntad, con solo el acto de la Encarnacion, con una palabra ó un suspiro del Verbo Humanado: mas en el eterno acuerdo de las tres Divinas Personas estaba decretado, que nuestro Redentor lavase su grey en los grandes receptáculos de su sangre, que derramó antes y despues de su muerte de Cruz. Ademas, el que está justificado tiene siempre la obligacion de adelantar en la virtud, siguiendo á este insigne prototipo y guia segura de su feliz ar-

ribo hasta el cielo. Si alguno tiene sed, clamaba Jesus en alta voz en el último dia, que era el mas solemne de una fiesta, y en medio del templo de Jerusalem: “Si alguno tiene sed, venga á mí y beba;” es decir, el que se sienta tocado de la gracia, corresponda con fidelidad á ella; beba, sí, beba el hebreo, beba el pagano, beba el delincuente, beba el convertido, beba el inocente: “Porque si alguno cree en mí, añadia, correrá de su corazon rios de agua viva.” ¡Oh Dios Santo! ¡qué dignacion! ¡qué gracia! ¡qué redencion!* Pero todo esto lo comprendió en una sola palabra, cuando dijo en lo alto de la Cruz: “Sed tengo:” *Sitio.*

No le demos, pues, á beber á este Divino Pastor crucificado, en su sed, como los judíos, la hiel y vinagre de nuestros vicios, de nuestras culpas y de una negra ingratitud: el que renueva con sus pecados la crueldad de estos impíos, póstrese á sus piés y pídale el perdon: ruéguele deshecho en lágrimas que le desate sus ligaduras: dígame con la mayor ternura como Saulo. “¿Señor, qué quieres que yo haga!” Entonces el Redentor, enviándole á un Sacerdote como á aquel siervo sanguinario, se compadecerá de él mejor que el padre del hijo pródigo, que volvió á su casa: lo vestirá con el rico y limpiísimo ropaje de la gracia, y lo hará sentar á su mesa; mitigará su sed y le dará á gustar, no manjares sazonados de las carnes de los animales, sino su propio Cuerpo y su propia Sangre. Así el justo se alentará y fortalecerá mas de dia en dia con el mismo alimento, y se perfeccionará en la

* Este discurso fué predicado en la Iglesia de Religiosas Mónicas recoletas de Nuestra Señora de la Soledad, y en la fiesta de Jesus Nazareno que se venera en una imagen milagrosa suya con el nombre del Señor del Rescate.

virtud; siendo constante en ella, Dios no le negará el don de la perseverancia y al fin entrará en su reino, mientras que los pecadores obstinados serán arrojados á las tinieblas exteriores. Tengamos por cierto, que si imitamos á Jesucristo en su vida y en su muerte, lo seguiremos tambien en su Resurreccion y Ascension, para gozar eternamente de su gloria.

ASÍ SEA.

SERMON

SOBRE LA

SEXTA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Consummatum est.

"Todo está cumplido."

S. JEAN, CAP. XIX, v. 30.

Ninguna frase hubiera podido expresar mejor el misterio de la redencion como la sexta palabra que profirió Jesucristo en la Cruz; clavado de piés y manos, bañado en sangre y ya moribundo, señala precisamente el tiempo en que todo se había consumado. Todas las profecías que miraban á su persona, á su vida y á su muerte, todos los puntos de la ley, todas las sombras y figuras del Antiguo Testamento se habían cumplido: por manera que todos los preceptos morales, como se fundan en la caridad, los cumplía Jesucristo con su pasion, como dice el Angélico Doctor Santo Tomás, de cuya doctrina me voy á valer. Por amor al Padre había dicho á sus discípulos, segun refiere San Juan: "Mas para que el mundo conozca

que amo á mi Padre, y que segun me lo ha mandado mi Padre así obro. Levantaos, salgamos de aquí." Se dirigía, pues, al lugar en que habia de comenzar su pasion. Tambien moria por el amor del prójimo, segun aquellas palabras de San Pablo: "Me amó y se entregó á sí mismo por mí." Todos los preceptos ceremoniales, como que se ordenaban principalmente á los sacrificios y oblacones, no fueron mas que figuras del verdadero sacrificio que ofrecia por nosotros; por eso, segun se expresa San Pablo, es comparado Jesucristo á aquellos antiguos sacrificios, como el cuerpo á la sombra. En fin, todos los preceptos judiciales, como que se ordenaban en lo esencial á satisfacer por la injuria, los cumplia exactamente con su pasion, segun aquellas palabras del Salmo: "Pagaba entonces las cosas que no arrebaté." ¡Ah! quiso ser fijado en el madero de la Cruz por el fruto que el hombre arrebató del árbol de la vida contra el precepto de Dios. *Consummatum est.*

¡Qué mas! la voluntad de su Eterno Padre estaba obedecida y satisfecha; todos los tormentos se habian acabado, el furor de los demonios se habia apagado, la malicia de sus enemigos se habia saciado; todo el precio del rescate de los hombres se habia pagado, toda la obra de la justificacion del pecador se habia cumplido; el holocausto quedaba consumado y abiertas de par en par las puertas del paraíso: no le faltaba mas que exhalar el postrer suspiro, morir, y murió. *Consummatum est.*

¡Y quién será capaz de ponderar dignamente todos y cada uno de los grandes objetos que comprende en sí este manantial inagotable de reflexiones!... Yo,

aunque insuficiente, me contentaré con presentaros á Jesucristo crucificado, como lo pinta el Apóstol San Pablo: "Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte; pero una muerte de Cruz." El misterio, pues, de la humildad del Redentor hasta morir por nosotros sobre la Cruz, será el asunto principal de mi discurso: este es el motivo de su gloria y de la muestra; para el acierto, ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia. AVE MARIA.

Todo está cumplido.
S. Juan, cap. y vers. citados.

"Por haberse humillado Jesucristo, obedeciendo al Padre hasta la muerte de Cruz, Dios lo exaltó, dice el Apóstol, y le dió un nombre sobre todo nombre." De aquí infiere San Agustín "que la humildad de la pasion es el mérito de la claridad, y que la claridad es el premio de la humildad." Mas á Jesucristo se le dió la gracia, no solamente como á una persona singular, sino tambien como á cabeza de la Iglesia, para que de él mismo redundara á los miembros; de consiguiente, las obras ó los méritos de Cristo al propio tiempo que son suyos, pertenecen tambien á su cuerpo, que son los fieles. El capítulo cincuenta y tres de Isaías es una de las profecías mas expresas acerca de la pasion y muerte del Salvador, y está dividido en dos partes: en la primera anuncia el Profeta al Mesías desconocido de su pueblo: su nacimiento obscuro: sus humillaciones, pasion y muerte; en la segunda, su nueva vida, larga posteridad y sucesos de su ministerio. Esta luz, pues, me guiará en todo mi discurso;

pero para proceder con orden, asiento dos breves proposiciones á que puede referirse todo aquel oráculo. Primera: La humildad de Jesucristo hasta morir sobre la Cruz. Segunda: La gloria que resultó al hombre de las humillaciones del Hombre Dios. Prestadme vuestra atencion y elevaos á estas verdades.

PRIMERA PARTE

Tiene tan íntima conexión el capítulo cincuenta y tres de Isaías, principalmente con los tres últimos versículos del capítulo antecedente, que ellos son en realidad el principio de una profecía continuada sobre el Mesías hasta el fin de aquel capítulo. Allí se anuncia al siervo del Dios de Israel "lleno de inteligencia, grande, elevado y sublime en el mas alto punto de gloria." Sin embargo, antes de esto aparecerá "sin gloria delante de los hombres, y con un exterior despreciable entre los hijos de los hombres. Él rociará muchas naciones, esto es, las rociará con su sangre, purificándolas de sus pecados, como dice San Pedro; los reyes guardarán silencio en su presencia; porque aquellos á quienes no fué anunciado le verán, y los que no habian oído hablar de él le contemplarán." He aquí, pues, en estas últimas palabras la conversion y la fé de las naciones en Jesucristo, segun lo entiende San Pablo: Ved tambien en todo el conjunto de este preliminar, como el exordio de una prediccion que se versa sobre la humildad y la exaltacion de aquel siervo de Dios. ¡Y podrá esto convenir á otro que al Salvador, como

todo el resto de la profecía? ¡Ah! él solo es su objeto. Así lo reconocen todos los Padres é intérpretes cristianos, así lo muestran los Apóstoles y Evangelistas, así lo advierte el mismo Jesucristo.

Al comenzar el Profeta Evangélico el capítulo cincuenta y tres, nota en el verso primero la incredulidad de los judíos y aun de muchos gentiles respecto á Jesucristo, en estos términos (Isaías, cap. LIII, v. 1): "¡Quién creyó, oh Dios, nuestras palabras! ¡Y á quién se ha revelado el brazo del Señor!" San Juan demuestra en los judíos el cumplimiento de esta profecía, porque "no han querido reconocerlo ni en la sabiduría de sus palabras, puesto que es la luz, ni en el poder de sus milagros." San Pablo observa, que "no todos obedecen al Evangelio." Ciertamente; mas esta desobediencia no consiste en falta de predicadores, porque su voz ha resonado por toda la tierra, y sus palabras hasta las extremidades del mundo; solamente la dureza y obstinacion de los judíos y de tantos gentiles al misterio de la Cruz, que han llamado escándalo ó locura, viene á ser la causa de que les aplique el Apóstol el mismo anuncio: "No han querido creer ni adorar bajo la forma de un esclavo anonadado hasta los escarnios, y una muerte afrentosa al Hijo del Eterno."

Continúa el Profeta diciendo (v. 2): "Porque se levantará como un arbolillo delante del Señor, y como un retoño de la tierra seca." ¡Qué contraste! lejos de brillar como un Libertador poderoso rodeado de gloria, se deja ver entre los hijos de Adán, como un arbolillo débil; al paso que brota como un pequeño retoño de la tierra seca, es el singular renuevo que habia de nacer de una tierra seca que es la Virgen

María. "No tiene hermosura ni brillo; le hemos visto y nada tenía que atrajese las miradas, y por eso le hemos desconocido." Los Santos Padres no están conformes en la inteligencia de este texto por lo que mira á la belleza de Jesucristo en su Santa Humanidad y en el discurso de su vida mortal; con todo, sin hablar de la infinita dignidad de su cuerpo unido hipostáticamente á la divinidad, bien puede adoptarse un medio que concilia ambas sentencias; ni debe admitirse que tuvo una hermosura extraordinaria, mundana ó carnal, ni que fué deforme ó defectuoso. Lo cierto es, que tuvo una presencia cual convino á su vida oscura y á su humildad que se dejó ver en todo. Limitándonos ahora al tiempo de su pasión, aparecerá cubierto de ignominia, maltratado con golpes y manchado con salivas. "¿Qué cosa mas hermosa que Dios! dice San Agustín, ¿cuál mas deforme que un crucificado?"

Le hemos visto, sigue mostrándole el sagrado texto (v. 3): "Un objeto de desprecio, el último de los hombres, varon de dolores que sabe lo que es padecer. Su rostro estaba como oculto, y parecía despreciable, y nosotros no le hemos reconocido." El mismo Jesucristo designó por San Márcos el cumplimiento de este pasaje, cuando respondió á la pregunta de sus discípulos Pedro, Santiago y Juan, sobre la venida de Elías: estas fueron sus palabras dignas de repetirse: "Sucederá á este profeta lo que al Hijo del hombre del cual está escrito, que debe padecer mucho, y ser despreciado." Si examinamos lo que sufrió el Divino Redentor entre los tormentos, nos constatarémos sobre estos tres puntos principales de

que advirtió á sus Apóstoles: "Le entregarán á los gentiles, para que le traten con escarnio y le azoten, y le crucifiquen." Para ocasionarle, pues, un vehemente dolor que no tiene comparacion, concurren como de tropel las acusaciones, las burlas, las blasfemias, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz. Es verdad que en tal estado de abatimiento parece que ocultaba su semblante; mas solamente no le han querido reconocer los hombres impíos y soberbios.

"Verdaderamente tomó nuestras dolencias (v. 4), y se cargó él mismo de nuestros dolores, y nosotros le consideramos como un leproso, y herido por Dios y humillado." "El es, dice San Pedro, quien llevó nuestros pecados en su Cuerpo sobre la Cruz, para que muertos al pecado vivamos para la justicia." Y como los pecados son la causa principal de las enfermedades corporales, despues de referir el Evangelista San Mateo, "que Jesucristo curaba á todos los enfermos," aun en este sentido le aplica las mismas palabras de la profecía; no porque experimentase en su Carne sagrada las enfermedades sucias y asquerosas de los hombres, sino porque las curó cual Médico omnipotente, y como pena debida al pecado satisfizo por ellas. Job, que fué un leproso herido por Dios y humillado, no habia sido mas que leve sombra de Jesucristo; herido y desamparado este nuevo Job por la justicia de su Eterno Padre, "desde la planta del pié hasta el vértice de la cabeza, no se hallaba en él sanidad."

"Pero él fué herido por nuestras iniquidades (v. 5), quebrantado por nuestros delitos; el castigo que debia procurarnos la paz sobre él, y con sus cardenales

quedamos sanos." San Pablo enseñó á los Corintios, "que Jesucristo murió por nuestros pecados, conforme á las Escrituras." "Por sus cardenales y llagas habeis sido curados," decia San Pedro á los fieles á quienes escribia, esto es, sus llagas han sanado las heridas que os habia hecho el pecado; os han librado de los extravíos á que éste os habia echado. A esto concierne tambien lo que añade el Santo Profeta (v. 6): "Todos nosotros nos habiamos extraviado como ovejas; cada uno se habia apartado para seguir su propia senda, y el Señor le cargó con la iniquidad de todos nosotros." Es lo mismo que con mas precision explicaba el Príncipe de los Apóstoles á los cristianos, despues de comprobado el vaticinio. "Pues vosotros, les decia, sois como ovejas descarriadas; mas ahora habeis vuelto al pastor y al obispo de vuestras almas."

"Se ofreció porque quiso (v. 7), y no abrió la boca: será conducido á la muerte como una oveja, y enmudecerá como un cordero delante del que le trasquila, y no abrirá su boca." Es tal la fuerza de estas divinas palabras y de las del verso siguiente, que con el auxilio de la gracia obraron la conversion del eunuco de Candace reina de Etiopía, al momento que el Diácono San Felipe le explicó su admirable sentido. "El Eterno Padre, como dice Santo Tomás de Aquino, inspiró á Jesucristo la voluntad de padecer por nosotros, infundiéndole la caridad. "Su sacrificio fué tan libre y voluntario, que no hay tormento ni desmayo que pudiese hacer morir al Autor de la vida, sin que él hubiese consentido; podia en un instante sanar de todas sus llagas, libertarse de todos sus enemigos.

Pero sumiso á las órdenes del cielo, camina con la apacibilidad y dulzura de una oveja cayendo y levantando con su cruz hácia el lugar del suplicio; ni los tormentos, ni los oprobios hacen decir al Cordero inmaculado una palabra, le hacen salir de la boca una queja; todo lo sufre como víctima, ruega por todos como Sacerdote.

"Murió en medio de los dolores (v. 8) condenado por jueces." Jesus es destinado á la muerte por jueces impíos, que no hacen otra cosa que enviarlo de tribunal en tribunal. ¡Decidme, cuál fué el juicio de Pilato! ¡Oh! este juez inicuo se disculpaba de crucificarlo; los judíos declaraban que esto no les era permitido; aquí no se ve orden ni razon, ni equidad, ni leyes, ni formalidad, todo se ha echado á un lado. En fin, Jesucristo espira derramando diluvios de Sangre y en medio de los mas agudos dolores; no se encontraba en su Sacrosanto Cuerpo, usando de las mismas expresiones del Santo Profeta Isaías, en otro lugar: "sino herida y contusion y llaga inflamada, que no ha sido vendada, ni curada, ni suavizada con aceite." Pero Jesus, muerto, es vencedor; ha triunfado; no ya para sí, sino para nosotros.

SEGUNDA PARTE

Pedia el orden de los divinos misterios, que primero hubiera muerto Jesucristo para destruir la muerte ó el pecado; despues de esto convenia que

hubiera sido traspasado su sagrado corazón con una lanza para dar la gracia de la justicia. En efecto, así como Eva se formó de la costilla de Adán para ser madre del género humano, así la Iglesia nació del costado del Salvador, fecunda en su descendencia, y toda espiritual. Desde el punto, pues, en que recibe de las copiosas corrientes, é inmensos bienes de esta fuente del amor, se reviste como reina con un ropaje de oro ó de caridad, y con la variedad de todas las virtudes para sentarse á la diestra de su Esposo.

Esta es la razón porque prosigue el Santo Profeta Isaías en el mismo verso octavo, de este modo: "¿Quién referirá su generación! Porque él fué separado de la tierra de los vivos. Yo le herí por los crímenes de mi pueblo." Jesucristo confirmó su alianza con su Iglesia en el día de su boda, es decir, el día del derramamiento de su Sangre, y de su muerte en la Cruz; la prodigiosa fecundidad de esta Esposa, que cuenta por sus hijos á todos los justos y fieles del antiguo y nuevo Testamento, no puede referirse. Semejante por sus buenas obras á un jardín cerrado, será llena de flores y de frutas, como la pinta el libro del Cántico de los Cánticos; los arroyos de la gracia serpenteando por doquiera, la regarán con aguas vivas, que saltarán hasta la vida eterna; el viento del Mediodía ó el sople del Espíritu Divino, se extenderá sobre este jardín místico para hacerle siempre más fértil y oloroso. Pero todos estos bienes recibieron su complemento, cuando fué separado de la tierra de los vivos, cuando entró resucitado y triunfante en la gloria y esplendor de los Santos. Si fué herido por los crímenes de su pueblo, se le dió al mismo tiempo

la soberanía de todas las naciones. Por eso le convida la Esposa á volver á su Padre: "Huye, amado mío, vete á las montañas de los perfumes y aromas:" como si le dijese: Huye de la tierra que ya no conviene á tu grandeza, y vete á los montes excelsos de gloria á recibir el premio de tus padecimientos.

"Y el Señor le dará á los impíos por su sepultura (v. 9); y á los ricos por su muerte; porque no ha cometido iniquidad, ni estuvo en su boca la mentira." José de Arimatea, hombre rico que sepultó su Santo Cuerpo en un monumento nuevo, así como los que lo embalsamaron con preciosos aromas, se le dieron por recompensa de su muerte; los impíos, que se le dieron por precio de su sepultura, fueron los soldados romanos que pusieron sus enemigos por guardas de su sepulcro. Mas San Pedro y San Juan, valiéndose también de las mismas palabras del fin de este verso, prueban la perfecta inocencia de Jesucristo. Convenía desde luego, puesto que se ponen como razón de lo antecedente, que el cuerpo muerto del que fué pobre fuese confiado á un hombre opulento; que el sepulcro del Justo por excelencia, que murió por el pecado, hubiera sido rodeado de pecadores para que fuese después glorioso. Y como todo esto fué hecho para bien del hombre, solamente les que participen de su santidad participarán de su gloria.

"Y el Señor quiso quebrantarle con los trabajos (v. 10): como él entregó su alma por el pecado, verá su descendencia durar largo tiempo, y la voluntad de Dios se ejecutará por su medio." "El que se humillare, dice el Evangelio, será exaltado." Así es, que Jesucristo fué quebrantado con los trabajos para

ser el gefe de la fe y de la salud de los pecadores convertidos; entregó su alma como una víctima, por el pecado, para prolongar eternamente sus dias, y para extender prodigiosamente su generacion. ¡Ah! tanto permanecerá el reinado de la gracia sobre la tierra cuanto fuere la duracion del tiempo. Por su ministerio, esto es, por medio de su doctrina y milagros, y por la virtud y eficacia de su Sangre derramada, se cumplirá la voluntad de Dios en los hombres.

“Verá el fruto de lo que sufrió su alma (v. 11), y será satisfecho; como mi siervo es justo, justificará por su doctrina á muchos y llevará las iniquidades de ellos.” Jesucristo ve en los cielos, y se goza del fruto de su pasion en la salvacion de las almas; al fin de los siglos se reunirán todos los escogidos de las siete edades del mundo y de la Iglesia, y de los cuatro vientos del orbe de la tierra, gloriosos hasta en sus mismos cuerpos y unidos á su cabeza y á su ejemplar para vivir eternamente; entonces se completarán los coros de mártires, de confesores y de vírgenes; entonces se verá “aquella grande turba que nadie podia numerar de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas en pié ante el trono de Dios y á la vista del Cordero, vestidos de blanco y con palmas en las manos.” Pero el pecador logra del Justo por esencia, aquella justificacion que por su naturaleza persevera hasta la bienaventuranza. Ella consiste necesariamente en dos cosas: en la fé por la doctrina ó por la palabra de Dios, que como una espada de dos filos penetra el alma; y en las buenas obras que se fundan en los méritos del que llevó sobre sí nuestros pecados.

“Por tanto le daré por herencia una gran muche-

dumbre (v. 12), y distribuirá los despojos de los fuertes; porque entregó á la muerte su alma y fué numerado entre los perversos, y llevó los pecados de muchos y rogó por los transgresores.” Este es el fin, y por decirlo así, el epílogo de aquella eminente profecía, no menos que de mi discurso. La herencia que se le ha dado consiste en una gran multitud de hombres, que ha adquirido por la obra de la redencion, de la reconciliacion, de la glorificacion; su victoria fué cumplida quitando á los fuertes, que son los demonios, los despojos que reparte con muchos y poderosos héroes de la fé. Pero cuatro son las razones principales de haber conseguido con sus humillaciones tan inefables bienes, y que expresa el sagrado texto: Su pasion y muerte de Cruz á que entregó su alma; su abatimiento en haber sido contado entre los perversos, como lo advirtió él mismo á sus discípulos, y como en efecto se cumplió dice San Márcos; la satisfaccion que dió por los pecados de todo el mundo, como si fuese reo de todos ellos; y el perdon que pidió á su Eterno Padre para sus enemigos ó transgresores de la ley, como tambien refiere San Lúcas. *Consummatum est.*

¡Mas qué agradecimiento os daremos ¡oh Jesus Crucificado! si al fin por nosotros os habeis humillado, os habeis sacrificado y os habeis entregado á la muerte! ¡Si por nosotros habeis pronunciado esta palabra, “todo está cumplido!” ¡Felices nosotros si unimos nuestros dolores, nuestros trabajos y nuestros sufrimientos á los vuestros! ¡si en la muerte recibimos la última prenda de vuestro amor y el último remedio de nuestros males! ¡Infelices nosotros si cumplimos la misma palabra en un sentido contrario, quiero

decir, si en la hora tremenda de la muerte todo lo hemos perdido, el alma, el cuerpo, todos los bienes y la misma gracia! Humilladnos, pues, desde ahora, ¡oh buen Jesús! debajo de vuestra poderosa mano, para satisfacer por nuestros pecados y para que reine la caridad, la obediencia y toda virtud en nuestros corazones. Tocadnos con una sola gota de vuestra Sangre preciosísima para seguir invariablemente vuestros pasos y para que nos coloquemos con Vos algún día en la gloria que nos habeis merecido.

ASÍ SEA.

SERMON

DE

ESPIRACION Ó DE LA SÉTIMA PALABRA QUE PRONUNCIÓ

JESUCRISTO EN LA CRUZ

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”

S. Lucas, Cap. XXIII, v. 46.

¡CATÁSTROFE ESPANTOSA! ¡PRODIGIO INAUDITO!
 ¡SUCESO ÚNICO! Dando Jesucristo en la Cruz una grande voz, como refiere el Evangelista, pronunció estas últimas palabras: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto espiró.” No fué necesario mas para que el Centurion entendiese que moria por su voluntad y no por flaqueza. Toda la multitud de aquellos que presenciaron este espectáculo, se retiraban hiriéndose los pechos. Todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que lo siguieron de Galilea, estaban tambien considerando estas cosas desde lejos. Pero, ¡qué mucho si desde la hora sex-